

F1232

P75

1906

v. 2

MEMORIAS

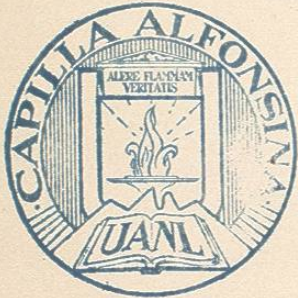
MIS TIEMPOS

PROPIEDAD ASEGURADA CONFORME Á LA LEY.

LIBRERIA DE LA VIDA DE G. BOUDET
PARIS
MEXICO

TIPOGRAFIA DE LA VIUDA DE FRANCISCO DIAZ DE LEON.

Esquina 5 de Mayo y Callejón de Santa Clara.



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

30-Mayo-08

Diaz de Ram.

I

D. Ramón Pacheco.—Su carácter.—Su casa, familia y tertulia.—Semana Santa en Tacubaya.—Nombramiento de Sayones.—Descripciones y pormenores.—Prisión de N. S. Jesucristo.—Jueves Santo.—Lavatorio.—Viernes Santo.—Sentencia.—Sábado de Gloria.—15 de Julio.—Premios de San Juan de Letrán.—28 de Agosto.—Mi oración de premios.—Referencias al año de 1837.—La Policía.—Mi entrevista con el Sr. Bustamante.—Su descripción.—Diálogo.—Generosidad y colocación á su lado.—Sus costumbres.—Oseguera.—Secretario íntimo y redactor del Diario.—Gondra D. Rafael.—Su casa.—Rasgos biográficos.—D. Juan de Dios Cañedo.—D. Javier Echeverría.—Rasgos biográficos, familia, etc.—Almonte, rasgos biográficos.—Matrimonio.—Servicios militares.—Ministro de Guerra.—General Barrera.—Su esposa Alejita.—Juicio sobre la administración de Bustamante.—Mis amores.—Intimación á mi padre político.—Paseo al frente de su casa.—Persecuciones amorosas.—Aventuras.—Matrimonio.—Nueva vida.—Malilla.—Periodismo.—Interior del gabinete de Bustamante.—Visita á San Juan de Letrán.—Café de Veroly.—Ribot.—Miñon.—Leandro Mozo.—Rodríguez.—Barrera.—Diego Correa.—D. Manuel Canseco.—D. Manuel Payno.—Valencia.—Pronunciamento de la Ciudadela.

—Quintana Roo.—Zavala.—Olaguibel.—Couto.—D. Hipólito Rodríguez.—Balderas.—J. J. Baz.—Rasgos biográficos.—Acción del Puente de Jamaica.—Guadalupe Hidalgo.—Convenios de la Estanzuela.

Años de 1840 á 1845.

Saltando vallados, removiendo obstáculos, apartando estorbos de mi camino y barriendo basuras, toco los linderos del año de 1840 bajo el despótico dominio de los ingleses, como la India; con mucho amor á la gloria y dos camisas; popular como el frijol bayo y alegre como repique de Noche Buena.

Alboreaban en mi mente el interés de la política y eran objeto de mi admiración sus hombres prominentes; pero aunque mis inclinaciones mundanas se disputaban el terreno de mis aspiraciones, caían, como capas de hielo sobre esos campos de ilusión, mi vida monótona de oficina, mi obstinada pobreza y los crueles dolores que me causaba la enfermedad implacable de mi santa madre.

Aislada, flotante, como consuelo único, brillaba en mi nublado horizonte la Poesía como la aparición de una Hada seductora que á las nubes daba formas fantásticas de palacios, carros de fuego, guerreros y monstruos, que hacían modular á los vientos cantos de esperanza y comunicaban mayor valía á las penas de Cervantes y el Tasso que á las grandezas de los próceres más favorecidos de la fortuna.

Una de mis tertulias favoritas, ó mejor dicho, una de

las personas que me dispensaron más generosa acogida, fué Don José Ramón Pacheco, persona de presencia y maneras distinguidas, notable estudiante, nuestro Ministro en Francia, y cuya traviesa y chispeante conversación atraía en su torno una brillante sociedad.

El Lic. D. J. Ramón Pacheco era en aquel tiempo ornamento de la buena sociedad de México.

De estatura regular, airoso de cuerpo, cabello rubio y ojos chispeantes de malicia y de chiste. Vestía correctísimo, y sus modales eran de apuesta cortesía, andaba ligero, reía oportuno y su conversación era aromática como un ramo de flores y deslumbradora y valiosa como un aderezo de diamantes.

El Sr. Pacheco era nativo de Guadalajara enlazado con distinguidas familias y mimado por el aprecio desde sus más tempranos años.

Dió á conocer su vivaz ingenio desde el colegio. En una visita que hizo al establecimiento el Obispo de Guadalajara, con la pompa y honores de la época, se le presentaron á saludarlo muchos colegiales de todas edades. En el grupo en que estaba Pacheco preguntó el señor Obispo uno á uno:

—¿Tu, qué quieres ser?

—Yo, padre, Ilustrísimo señor . . .

—Y tú?

—Yo, sacerdote, con ayuda de Su Divina Majestad.

Llegó á Pacheco y le preguntó—¿Tú qué quieres ser?

—Yo, casado, Ilustrísimo Señor, porque con todos esos, se acaba el mundo.

Pacheco fué el primero que, trastornando las preguntas y respuestas del Padre Ripalda, compuso su Catecismo, espanto de los beatos y pretexto para zaherir á los fanáticos; pero en el que se convenía que había rasgos de ingenio despejado.

Cuando vino por la primera vez á México, viendo que nadie se ocupaba de él, puso á su levita solapa y vueltas encarnadas y así salió á la calle.—Pregunta la gente ¿quien es ese?—El Lic. Pacheco—y así se anunció.

En París se distinguió por la destreza con que maneja el idioma, sus epigramas finísimos y su conversación chispeante. Tuvo entrada en la Corte y en los más distinguidos salones, publicando folletos sobre diferentes materias que acogió el público con aprecio.

Su casa en México (Santa Clara 6) era punto de cita de la gente de mejor sociedad, distinguida por su talento, por su posición social, etc. Dispensaba especial cariño á los jóvenes que comenzaban su carrera, procurándoles libros, relaciones y cuanto podía favorecerlos, y haciendo que en su casa gozaran de toda especie de estímulos y atenciones. Pacheco tenía para el infortunio, socorros y consuelos; para el talento, admiración; para la amistad, finezas; para la hermosura, donaire; para los niños, dulces, alegrías y complicidad en sus travesuras.

Su mesa era motivo diario de contento: allí se organizaban paseos y conciertos, tamaladas y expediciones alegres.

Distinguíanse en la constante concurrencia del Sr.

Pacheco, mujeres hermosas, letrados ilustres y jóvenes de la mejor sociedad.

Allí disertaba á su sabor, sobre política, Larrañaga, siempre al corriente de los sucesos del día; enemigo irreconciliable de Santa-Anna y los soldados; admirador de Fariás, secuaz de Alpuche y amigo íntimo de Zerecero.

Rodríguez, que allí improvisó casi los lindos versos á la hijita de Pacheco y que se desmorecía por el latín que perfeccionaba en la tertulia de su tío D. Mariano Galván (Portal de Agustinos), adonde concurrían el Dr. Quintero, Couto, Pesado, Gaztañeta y otros literatos de la época, y señoras y señoritas de las familias de Jáuregui, Durán, Llerenas, Peña y Barragán, Castillos, Boscero, etc.

Pero lo característico de aquellas reuniones, lo que las convertía en típicas y excepcionales, era el *esprit*, el chiste, el buen decir, lo interesante de las narraciones, lo agudo de los epigramas, lo inesperado de las salidas y la animación, galanura y sazón de las más insignificantes conversaciones.

Era muy dado Pacheco á la frenología, que no sabemos hasta qué punto perfeccionaría en su parte científica; pero me consta que para él era una mina de agudezas, de chanzas, de adivinaciones que habrían vuelto loco al mismo Gall si las hubiese escuchado.

La afición de Pacheco á la música le hacía amigo de las notabilidades de la época, como Gómez, Fernanda Andrade ó Ruelas, esposa de Rodríguez de San Miguel;

de Chucha Coria y de Balderas, Camilo Bros, Escalante y otros que, bajo la presidencia de D. Basilio Guerra, desempeñaban la ruidosa Kalenda de Navidad que cobró tan grande y merecida fama. D. Basilio Guerra, andando los tiempos, fué en Europa activo agitador de la monarquía.... Era un bendito señor, según las personas que lo trataron.

Como literato escribía con chiste y *desenfao* público, por aquel tiempo, su célebre «Testamento del Difunto,» sátira llena de gracia, de observaciones y reformas oportunas.

El «Testamento» era la ficción de que el año se moriría y dejaba encomiendas y legados á su hijo el año venidero. Tuvo ruidosa acogida el «Testamento,» así como su comedia «Andarse á las Escondidas,» refundición de una pieza francesa. Entre sus escritos diplomáticos, hay algunos de verdadera importancia, como es su Carta publicada con motivo de la invasión francesa, de que nos ocuparemos á su tiempo. No obstante el difícil y peligroso papel de chancista constante y los comentarios sobre su conducta pública y privada, le acarrearón no pocos enemigos.

Pasé la Semana Santa en Tacubaya, pueblo en que á pesar *de los avances de la impiedad*, se conservaba la tradición y las prácticas de los rancios y verdaderos cristianos.

Desde los primeros días de la Cuaresma el agudo sonido de un pito y el redoble de un tambor convocaban por todos los ángulos del pueblo á los sayones, fari-

seos, nazarenos, Judas y demás actores que debían representar el drama del Calvario.

En una casa apartada del pueblo verificábanse las juntas de carpinteros, herreros, carretoneros de los molinos, campesinos, y gente fervorosa y beata para las fiestas cristianas. En estas juntas, aunque invisible, estaba competentemente representado el señor cura, sobre todo para la cuestión financiera.

Renovábase el programa de las funciones en la primera junta:

Domingo de Ramos.—Cantores y palmas.

Miércoles.—Prendimiento y aposentillo.

Jueves.—Lavatorio y monumentos.

Viernes.—Tres horas, Tres Caídas, Encuentro, Procesión de Pésame, Sermón de ídem.

Sábado.—Gloria, Judas, etc.

Seguíase á esta tumultuosa junta la distribución de papeles, entre risas, reyertas y gritos atizados con sendos tecomates de tlachique espumoso.

Los papeles principales eran:

Nuestro Padre Jesús.—El Centurión que pronunciaba la sentencia.—San Dimas y el mal Ladrón.—Judas.—La Virgen.—La Magdalena.—Espías.—Sayones.—Trompeteros.—flautas, etc.—velas, etc.

Las discusiones sobre cada una de las candidaturas eran escandalosísimas, anunciando victorias y derrotas, semblantes alegres ó iracundos, exclamaciones estrepitosas, lluvias de puñetes y picardías: todo con muy cristianos fines. Elegidos los actores y hechos los

nombramientos, cada personaje principal con su séquito, se entregaba al desempeño de su papel.

Vestían en carácter á nuestro Padre Jesús para que le llevasen preso á una casa particular, donde se preparaba con tiempo altar, aguas lojas, rezos, etc.

El Centurión convocaba á sus soldados, preparábalos equipo y armas y se dirigía á un tinterillo desalmado que le hiciera la sentencia, libelo incendiario en que campeaban blasfemias de todo género y dislates capaces de escandalizar al mismo Satanás.

Procurábanse calzones verdes, como de baño, de raso para San Dimas y el mal Ladrón, y hacíase una leva rigurosa de beatas, viejas, niñas entumidas y gazmoñas, etc., etc., para la famosa procesión del duelo.

Por su parte, el cura con unos monaguillos y sendas charolas, hacían colecta de pingües limosnas para los gastos de Semana Santa, y excitaba á las devotas para que llevaran piano y tocasen en la iglesia, comprometiéndolas para el envío de pebeteros, macetas con flores, sembrados de trigo, chíá, lenteja y alegría, y jaulas con pájaros cantores, que exhalaran sus trinos entre el ramaje; las velas encendidas, las naranjas con oro volador y las flotantes bandillas que caían de la bóveda, engalanando el monumento.

El lunes, y martes santo, unos embozados con determinadas precauciones, se acercaban al templo, y á una señal convenida sacaban á excusas, y como con disfraz, á nuestro Padre Jesús, que es una imagen colosal, de goznes y de rostro bellissimo.

Esperando aquí, corriendo acullá, avanzando, y como temerosos de un asalto, llegaban los de la comitiva á la casa de la ocultación, donde se recibía á Su Majestad con música y festejos, ... llevándose á la vez con menos miramientos, y como á valedor del mismo pelo, á Simón Cirineo, á una casa particular, donde se le vestía de calzón corto, casaquín y gorrilla con pluma airosísima. Por supuesto, que el vestido y la gorra eran verdes como lechugas.

El Nazareno tiene en el escondite culto reverente, devotos asiduos, quienes le agasajan con letanías, cohetes, incienso y flores, recibiendo en compensación sendas jicaras de chíá y orchata. Además del culto, Nuestro Señor tenía una guardia constante para evitar un asalto de los judíos; pero llega el miércoles, gente sospechosa aparece á las inmediaciones de la morada de Jesús, sus defensores se aprestan al combate, la gente se agrupa, y al fin aparece Judas con su farolillo y su silbato. Dáse la señal, principia el asalto á la casa. Los amigos de Jesús resisten, la lid se empeña, llueven los palos, enfervorizáanse los cristianos y hay una zambra de los demonios.

Al fin, sale el Cristo para la iglesia, donde está la prisión, y velan los judíos en la iglesia, profanándola hasta donde les es posible como buenos judíos. Por supuesto, que el *Aposentillo* era motivo de rezos y fervorosas demostraciones de devoción.

Las tinieblas, con toda su pompa imponente, eran poco concurridas, y se reservaban las ostentaciones pia-

dosas. El lujo y el bateo eran para el Jueves Santo, en que la ruidosa matraca, al salir la luz, despertaba los bríos religiosos y mundanos, con todo fervor.

Concluidas las ceremonias, en un rincón apartado de la iglesia quedábase el piano suspirando sentidas armonías mientras la servidumbre de la iglesia disponía sembrados y flores, pájaros, candiles, velas y pebeteros para el Monumento.

Las calles, entre tanto, se llenaban de gente, toda vestida de nuevo, distinguiéndose las amas de las haciendas por sus sayas y mantillas; las familias de dependientes por sus túnicos lujosos; las de los peones por las enaguas rumbosas; y los hombres por sus calzonerías de botonadura de plata, sus toquillas de oro y de plata, y sus mangas dragoneadas de terciopelo y oro.

Los peones, los indios, los muchachos medio desnudos y los perros, eran como las sombras de ese cuadro de vivísimos colores, kaleidoscopio viviente y ruidoso que aturdió y embriagaba.

Cruzaban este mar, en que á distancia se veían frescos y verdes puestos de chíá y figones de olorosos guisos, toda clase de vendimias que se voceaban en todos los tonos. ¡A dos rosquillas y un mamón! Un pan de alegría una quartillita, distinguiéndose en alto, palos con matracas de todas hechuras y racimos de judas con la mecha terciada sobre el pecho, y una estupenda bomba en el cuadril.

Entre una y dos de la tarde se verificaba el «Lavatorio» ó recuerdo de la última Cena.

Elegíanse doce pobres de solemnidad; se les sentaba en una mesa en el presbiterio, y los sacerdotes les lavaban los pies, dándoles después limosnas. Los Apóstoles iban á celebrar su dicha, generalmente, con una zorra de primer orden.

El programa para el Viernes Santo era altamente seductor. Rezos del Vía Crucis, dentro y fuera de la iglesia, en grupos, dominados por un oficiante que se trasladaba con su cauda inmensa de gente, de uno á otro punto.

La Asomada al balcón, las Tres Caídas, el Encuentro, la Gran procesión, el Descendimiento, el Pésame, la procesión de la Soledad.

Cruzaban el pueblo en todas direcciones judíos á caballo y judíos infantes, dando alaridos. Cada paso de la Pasión contaba con su sermón tremebundo para los que eran invitados, frailes de renombre, que supieran ponerse á la altura de la situación.

En el sermón de sentencia era indispensable que el Centurión fuera de voz robusta, buen jinete, y que montase un soberbio cuaco, diestro en arremeter, pararse de manos y respingar furioso cuando el caso lo requiriera.

Proclamábase la sentencia, corriendo el Centurión de un lado á otro, desaforado, y entre los atropellos y tumulto y retozos de la gente.

La sentencia era generalmente una obra maestra de un fraile, en colaboración del Centurión.

«Esta es la sentencia que *manda hacer* el Rey Pon-

cio Pilato contra Jesucristo, Rey de los Judíos, por fe-lónico, por escandaloso, por jurción de lo ajeno, por de altiro malo y sin conciencia,» etc., etc., hasta llegar á desvergüenzas de arte mayor, que no me es dado estampar en el papel. El padre del sermón estaba en el púlpito y empeñaba diálogo; los ánimos se irritaban; el caballo del Centurión se alzaba de manos, y entre lloros, golpes de pecho, empellones, cantos de vendimias y riñas tremendas, se entregaba la sentencia, que el padre rompía, estrujaba y regaba por el suelo, en medio del aplauso universal.

En la gran procesión de Tres Caídas, la imagen de nuestro Padre Jesús estaba sobre soberbias andas, que lo soportaban con la Cruz á cuestras, y Simón Cirineo de apéndice, quien sin saber cuándo ni cómo, había recobrado su puesto.

En la procesión de las Tres Caídas salían á lucir San Dimas y el mal Ladrón, caminando con grandes cabelleras que les cubrían totalmente el rostro, y las espaldas desnudas al sol reverberante, durando este martirio dos y tres horas.

El sábado, los judíos se paseaban inquietos y acobardados alrededor del templo y en medio de la gente ansiosa. . . . De repente se enciende la gran llama del cirio Pascual; rásganse los velos de los altares; resuenan el órgano y los cánticos de gloria; retumban las cámaras ó cañones; repican las campanas; truenan los Judas entre ruidos de curiosos que se disputan, revolcándose, los panes, dulces, chorizos, etc., que arrojan

los Judas; corren despavoridos los perros; arman gresca los muchachos; los sayones corren, despechados, á las afueras del pueblo entre silbidos, y á las puertas de las pulquerías y vinaterías, y en las esquinas, se dan sendas golpizas cristianos y judíos, de puro gusto de ver que ha resucitado el Salvador del mundo.

El 15 de Julio de ese año amaneció profundamente conmovido México; corría de boca en boca la noticia de que el Presidente de la República había sido asaltado por una fuerza de los pronunciados, mandada por Urrea; que Bustamante aislado, pero intrépido y digno, resistió y echó en cara á Urrea su comportamiento. . . . que uno de los oficiales, señalando á Bustamante, grito: ¡Mátenlo!; que otro se opuso, gritando: «No; es el amigo y compañero de Iturbide.»

Quedó preso el Presidente; las balas llovían sobre el costado Sur de Palacio, rompiendo un balcón, quedando colgando como el girón de una cortina. Corría la sangre dentro de los salones de Palacio; fué herido uno de los custodios del Presidente, y éste le curó y vendó, recordando los estudios médicos.

Pero para el público, un pronunciamiento era un jubileo y un motivo de holgorio. Cerrábase el comercio; quedaban desiertas las oficinas; las calles solitarias resonaban con el galopar de los caballos; la gente se agolpaba á las esquinas para atravesar de un punto á otro, según los disparos de la artillería. De vez en